

## **Transcripción Workshop-Panel de Expertos PreTrans 1**

Sesión Mañana - 29 de abril de 2015

Campus de la Comunicació - UPF

# **El papel de la prensa diaria en la transición**

## **La visión de los periodistas**

Grup de Recerca en Periodisme  
Departament de Comunicació  
Universitat Pompeu Fabra

Proyecto de investigación "El papel de la prensa diaria en la transición democrática. Cobertura informativa y comportamiento político de periódicos y periodistas".  
CSO2012-36774. Plan Nacional de I+D+i, Ministerio de Economía y Competitividad

Debate público con Miguel Ángel Aguilar, Antonio Franco y Ramón Pi, con participación de los profesores: Antonio Laguna, de la Universidad de Castilla-La Mancha en Cuenca; Antonio Checa, de la Universidad de Sevilla; Javier Muñoz Soro, de la Universidad Complutense de Madrid; y Ricardo Zugasti, de la Universidad San Jorge de Zaragoza.

**Francesc Salgado** (Moderador): Pasamos directamente a la acción, como ha explicado el Dr. Guillamet. La sesión consistirá en una charla de unos 15-20 minutos, de cada uno de los ponentes, a los que yo quiero reiterar mi agradecimiento. Una charla que en su momento se pensó como un conjunto de experiencias particulares que se consideren relevantes para el asunto que nos ocupa, y a partir de ahí empezamos con el turno de preguntas de los académicos. Lo haremos por simple orden alfabético. Empezará a hablar Miguel Ángel Aguilar, que me ha pedido expresamente que no le presente porque considera que más o menos se conocen cuáles fueron sus cargos durante la transición. Yo recuerdo la relevancia de su debut en el diario *Madrid*, de cómo fue redactor jefe de *Cambio 16* y director de *Diario 16*, y cómo sufrió en ciertos momentos la persecución por haber publicado información sobre un golpe de estado que se avanzó al que sería el golpe de estado del coronel Tejero. Tiene por tanto un papel relevante en el contexto de la transición y por eso lo tenemos con nosotros. Nos va a hacer una disertación que ha decidido titular "La prensa o el periodismo cuando no había costumbre". Gracias.

**Miguel Ángel Aguilar**: Muchas gracias. Muchísimas gracias a los profesores de la Facultad. La Universidad tiene muchas carencias y muchos problemas, pero tiene también una capacidad ambiental, es decir, es un momento importante para los alumnos, un momento cuando todavía no están sometidos a esas fuerzas que luego les van a condicionar. Todavía no tienen obligaciones laborales, todavía no tienen obligaciones familiares. Y pueden, pues, dedicarse a ese ejercicio fértil, que es fantástico, que es pensar, reflexionar. La universidad está para la reflexión, para la reflexión inteligente, para plantearse muchas cosas que luego, cuando se sale y se queda expuesto a las leyes de habituación universal, en la que luego no hay tiempo de pensar.

Bueno, el papel de la prensa diaria en la transición. La visión de los periodistas. Los que estamos aquí, como se ha dicho, hemos tenido la oportunidad de vivir esos años en primera fila, en silla de pista, como le hubiera gustado decir a Luis Carandell, pues así se

llamaba una sección que escribía él en el semanario *Triunfo*. Hemos sido observadores participantes porque no hemos sido solamente, ni fundamentalmente, periodistas asépticos. Estábamos interesados en que se abriera paso a una determinada opción —la opción democrática— que no estaba, ni mucho menos, garantizada. De manera que intentábamos favorecer, informar, dar cuenta, presentar las realidades que incomodaban al régimen y que favorecían a las fuerzas democráticas. Estamos hablando todavía de los prolegómenos de la transición. Lo que ha llamado Ramón Pi el tardofranquismo. Bueno, pues ahí estábamos. Y ¿qué sucedía? Pues sucedía que muchos de nosotros, o alguno de nosotros, que éramos gente moderada, gente de derecha por nuestra familia, por nuestra educación, por nuestro ambiente, pues nos encontrábamos en algún momento inmersos en la clandestinidad, aunque estábamos al servicio de la moderación. Esto producía dificultades porque para estar en la clandestinidad es más armónico, es más coherente, defender una posición más radical. Cuando se tienen posiciones más moderadas, esto de la clandestinidad es un desastre. Recuerdo que mi padre me hizo una alocución: «Hijo mío. No entiendo nada. Tú eres del Opus», cosa que sucedía en 1966 «y yo sé que estos del Opus unos son ministros, otros son banqueros, otros son no sé qué, pero a casa no viene más que la Guardia Civil a preguntarle al portero por ti.» Incluso estuve procesado en 1967 por el Tribunal de Orden Público (TOP) y mi padre, que era médico de la Asociación de los magistrados, me dijo: «Oye, le he quitado la vesícula al presidente del TOP, y me ha comentado que te tienen procesado». «Pues sí, estoy procesado». «Me ha dicho que quieren llevar tuyo lo mejor posible. Vamos, que cambies de abogado». En fin, vamos al asunto que nos ha convocado: observadores participantes. En una conferencia en Madrid —ya muerto Franco, en 1978, si recuerdo bien— se dijo, en el arranque de la conferencia, que cuando murió Franco el desconcierto fue grande. No había costumbre. Por eso yo he decidido titular mi charla «Cuando no había costumbre». No había costumbre. No había costumbre de contar las cosas. El éxito fulminante que tiene *Cambio 16* con aquellas crónicas cuando Franco ya está enfermo, hablamos de la primera enfermedad de Franco en el 74, fue porque era la única publicación que contaba algo de lo que estaba pasando. Naturalmente, no había costumbre de contar lo que pasaba. Eso no era para salir en los periódicos. Durante toda la etapa anterior, se practicaba con verdadero afán el antiperiodismo. Es decir, cuando había una noticia que queríamos que se publicase, a la que concedíamos mucha importancia, procurábamos publicarla de la manera más insignificante posible, pagina par, por abajo, titulada a una columna porque se trataba de que la noticia saliera, y si pudiéramos un

titular arriba, si la presentáramos como nos hubiera gustado, esa noticia seguramente habría caído antes de llegar a los quioscos. Porque además nadie quería generar un perjuicio a la publicación en la que trabajaba. Estaba en juego la vida de 400 o 500 familias, como se decía siempre. Así había que minimizar las noticias. Otra costumbre anti-periodística muy común era renunciar a la exclusiva, que es una de los objetivos que a un periodista le motiva. Si teníamos una noticia que considerábamos importante, sabíamos que, de la publicamos nosotros solos, correríamos un riesgo importante. Entonces se buscaba a que nos acompañara alguien más. Se buscaba a Europa Press: «Antonio, esto está bien, esto os conviene». El riesgo se disminuía según el número de publicaciones que la hubiera publicado. Y luego estaba la manera siempre antiperiodística de dar noticias por parte del régimen. Por ejemplo: «Vuelven al trabajo los mineros de Asturias». Era un titular, y tú te preguntabas: «Pero ¿cuándo se ausentaron?», porque la noticia de la huelga no se había dado antes. Pero la noticia era que volvían al trabajo. O: «Vuelve la tranquilidad a las plazas del norte de África». ¿Cuándo había habido intranquilidad? ¿Cuándo había habido disturbios? De eso no se había dado noticia. Acabas sabiendo que había pasado algo, pero que no te lo habían explicado. El entrenamiento que tenían los periodistas era este y de repente —bueno, no de repente, porque tardó en morir— todo cambió. En realidad, como saben ustedes, le debemos la muerte de Franco a su yerno, el marqués de Villaverde, que fue quien tiró del enchufe. Al marqués de Villaverde no se le ha reconocido debidamente. Sin él, igual todavía estaría Franco en la tienda de campaña esa donde le tenían a baja temperatura.

En fin, había un espacio informativo por explorar, y creo que ese espacio se había inaugurado en el año 1966 con la ley Fraga. Algunos intentaron explorarlo, como fue el caso del *Madrid*. Pero ese intento terminó porque no se encontró bien la manera. El *Madrid* no era un periódico de oposición, lo cerraron por falta de calor en el elogio a Franco. Entonces todo esto estaba por explorar, todo esto era nuevo, un territorio desconocido en el que había que instalarse con cuidado. Entre los que estaban más preparados para eso, los que habían iniciado ya ese camino con alguna coherencia y con bastante decisión, estaba *Cambio 16*, aparte de publicaciones como *Cuadernos* o *Triunfo* que provienen de una experiencia más larga, pero menos moderna, menos activada. Y luego, en seguida, en mayo de 1976, *El País*. Que, por cierto, nunca sabrá esa empresa la gratitud que debe al régimen por no haber dejado salir el periódico antes. Ha podido salir sin tener ninguna mancha en el uniforme y habiendo podido prepararse de manera concien-

zuda para una salida que fuera un éxito colosal. Solo matizado o reducido por la arrogancia de la que se imbuyeron algunos de sus promotores. Aquellos años se caracterizaron por una gran generosidad. Se ha hablado mucho de la transición como un pacto tenebroso. No es verdad. La gente dio la cara y los riesgos no se esfumaron de repente. Como siempre pasa, los que están en el poder quieren controlar el ritmo de los acontecimientos, de manera que siempre hubo algo que les parecía excesivo. Hubo secuestros, expedientes y problemas con Franco ya muerto. Aquel espléndido trabajo que hizo Cucco Cerecedo, figura de la fiesta nacional, la biografía de los grandes de la transición escrita en términos taurinos, que le recomiendo a ustedes que recuperen.

A los periodistas y a las empresas que provienen de haber convivido, de haber pactado y de haber hecho un magnífico negocio con el franquismo, como *La Vanguardia*, *ABC* y otros, les fue muy bien desde el punto de vista económico porque vivían además protegidos por los *numerus clausus*. No podía salir nadie más al mercado sin un permiso expreso, aquel mercado informativo se lo habían entregado a ellos.

Luego estaban aquellos muchachos del Movimiento, que el propio Franco despreciaba bastante, pero que formaban parte de lo que él llamaba la claqué. Y la claqué era muy importante cuando comparecía en el balcón del ayuntamiento en cualquier sitio. Ahí decía lo de: «Sevillanos, españoles», y tenía que haber una claqué. Y para su organización, era muy importante el Movimiento.

Pero los otros, los que van de limpios —pues se hizo una gran limpieza en esos años— habían convivido con cuarenta años de franquismo. Y veían con el natural recelo que se iban a desarrollar fuerzas políticas nuevas. Los periódicos en seguida adquirirán conciencia de la importancia que podían añadir a cualquier causa de la que se hicieron eco y, en particular, a cualquier grupo político al que dieran espacio en sus páginas. También fueron comprobando como podían influir en los asuntos que empezaban a ser debatidos y fueron, pues, anticipando capítulos de la Constitución, dando según qué información de según qué protesta o reunión.

Porque la transición se produce sin que nadie dé tregua. Cada uno va a por lo suyo y, desde luego, los terroristas también. Eso de que ha muerto Franco y de que vamos hacia otra situación, no se lo apuntan y de hecho multiplican e incrementan su actividad. Por ejemplo, una de las cosas que pasa es que muchos periodistas y muchos medios que habían sido de un colaboracionismo atroz cuando habían sido beneficiarios clarísimos y descarados del franquismo, piensan que ahora hay que hacer méritos con la nueva si-

tuación. ¡Pero hombre! Cuando había que dar la cara era cuando el otro estaba ahí, cuando el otro todavía fusilaba, porque Franco vivió, como decía mi amigo Arturo Soria, del prestigio del terror. Fue un hombre que empezó su carrera fusilando a un legionario.

La camisa azul ya es casi blanca. Ya no se toma posición con el coraje, sino que se la deja en casa y parece que todo se va normalizando, pero no se olvide que se produce el ajusticiamiento de Puig Antich, y el 27 de setiembre de 1975, con este tipo ya en una condición bastante lamentable, todavía se fusila.

Y dentro de las instituciones, por ejemplo en las Fuerzas Armadas, que han sido educadas en la lealtad inquebrantable al jefe del Estado, se insinúa un cambio de lealtades. Ahí la prensa tiene la capacidad de encabronar o de facilitar ese cambio de lealtades, que es un asunto capital y que no se puede hacer de un momento a otro. Ya dijo Azaña que el cambio de lealtades de las Fuerzas armadas es un asunto muy difícil y muy complicado. La prensa juega un papel muy importante.

En una ocasión me llama un general para decirme: "La situación entre la prensa y las Fuerzas Armadas es desastrosa", porque lo que sucedía es que los periodistas pensaban que todos los militares eran golpistas y los militares pensaban que todos los periodistas eran unos hijos de puta. Esta confrontación de estos dos colectivos era horrorosa. ¿Qué podemos hacer? Pues, observador participante. Lo que podemos hacer es producir una aproximación, un interconocimiento. ¿Cómo? Con unos cursos en el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional para favorecer la especialización de los periodistas en temas de defensa y fuerzas armadas. Para que gentes relevantes de esa procedencia expliquen a los periodistas cosas como cuántas horas tiene que entrenarse un marinero para manejar un sónar, cuántas horas de mantenimiento requiere un avión en tierra para poder despegar, mil cosas de estas. Yo le digo al general que aquí hay 364 días de silencio sobre las Fuerzas Armadas y un día de exaltación. No nos acordamos de sus funciones, lo que sentimos es pavor porque España era un país que estaba invadido por su propio ejército. El mismo Franco había dicho aquella cosa tremenda: «Todo quedará atado y bien atado bajo la guardia fiel de nuestro Ejército». Les había dado esa misión y ellos todavía se la creían.

Había que desactivar ese explosivo, había que reconvertir al Ejército. Tenían que dejar de ser el ejército de Franco y pasar a ser el ejército de España. Hubo que hacerlo en otros muchos sitios, lo tendrá que hacer el que venga después de Maduro para que el

ejército chavista vuelva a ser el ejército de Venezuela, por ejemplo. Lo que tendrá que hacer el ejército sandinista para convertirse en el ejército de Nicaragua. Y como en Cuba, tendrá que dejar de ser el ejército fidelista y convertirse en el ejército de Cuba.

Estas tareas y estas angustias les dan a los periodistas esta posición que decía de pista. En mi condición de observador, como Franco recibe el poder de una junta militar, mi esquema de trabajo era: «Cuando se muera Franco, el poder revertirá a esa Junta Militar, así que estos señores están en una posición clave». Entonces, me dediqué a recompilar las escalillas militares, para saber quiénes eran y poder comentar su carrera cuando les ascendían. Algunas veces me dediqué a ser imaginativo y algunas veces lo hice por encargo de Narcís Sierra, cuando estaba en *El País*...

Luego no se me tuvo en cuenta esas colaboraciones, pero algunos periodistas fuimos observadores participantes que no estábamos instalados en una función aséptica. Queríamos unas determinadas cosas y queríamos favorecerlas. Luchábamos para que eso tuviera espacio. Porque el camino no estaba del todo asegurado y habían temas capitales: las fuerzas armadas, el terrorismo, la ley del divorcio, la reforma fiscal o tantas cosas situadas en la incertidumbre. Había que favorecer que estallaran de manera inteligente.

Se dio en ese momento tan interesante en que la derecha se hiciera progresista y eso indujo a que la izquierda se hiciera moderada. Con esto se produce una confluencia hacia el centro que es donde está la posibilidad de la civilización. Porque veníamos del proceso contrario, pues la Guerra Civil fue un proceso de centrifugación, de que la gente fuera hacia los extremos, lo cual acaba abriendo el país en forma de trincheras. Así que la prensa se va dando cuenta de la importancia que ha adquirido. Después este proceso también tiene sus patologías, por supuesto, pero ya he hablado demasiado y me centro más con las preguntas que se me hagan. Muchas gracias.

**Francesc Salgado:** Muchas gracias, Miguel Ángel. Después preguntaremos por las patologías. La segunda intervención es la de Antonio Franco. Ustedes le conocen perfectamente ya que fue director fundador de *El Periódico de Catalunya* del Grupo Zeta y, antes de eso, un redactor que empezó trabajando en el *Diario de Barcelona*, que llegó a ser subdirector en pocos años, y protagonizó uno de los incidentes de aquellos momentos de transición al ser despedido junto con 30 compañeros del *Diario de Barcelona*. Empezó después una rotación por diferentes medios, lo que expresa muy bien la volatilidad de aquel momento. Finalmente vuelve a empezar en un proyecto entonces comple-

tamente incierto y, más o menos, poco pensado, quizá poco sensato o un poco soñador, que era imitar la prensa regional francesa. Se trató justamente de diseñar un diario popular con un cierto estilo muy característico, que se convirtió en *El Periódico de Catalunya*.

**Antonio Franco:** Buenos días a todos. Empiezo por una reflexión. Nos habéis contado que básicamente estáis centrando el esfuerzo de investigar la situación de la prensa entre 1975 y 1977 y yo, solamente a título de sugerencia, recordaría que en realidad la transición, y creo que Miguel Ángel hace un momento ya lo dijo, en la prensa empezó en 1966 con la ley Fraga. Esta ley significó en cierto sentido un cambio de parámetros para los medios, ya que la jugada política que había en aquella ley era transferir la responsabilidad a los directores, a las empresas y a los profesionales. Hasta ese momento existía la censura absoluta, y después de ese momento vino la censura sofisticada. Miguel Ángel Aguilar ha hecho una alusión muy importante sobre cómo se podían publicar las noticias sospechosas. Yo recuerdo las noches en el *Diario de Barcelona* con Josep Pernaú negociando con el delegado de Información y Turismo aquí en Barcelona, el hermano pequeño del ministro Herrero Tejedor. Y negociaba asunto como publicar en la página impar o la página par, arriba o abajo, salir a dos columnas o no, salir con qué titular, publicar sobre un determinado asunto lo que había difundido EFE, etc. Y esto se hacía con una cierta cordialidad, porque era una conversación diaria, porque Josep Pernaú no era en absoluto un colaboracionista y en realidad negociaba muy bien.

Yo creo que es muy importante ese cambio de la ley de Prensa e Imprenta, porque fue además uno de los instrumentos con los que llegamos al momento de la muerte de Franco y al momento del cambio democrático. Empieza ahí, porque también ahí empezaron los contactos entre los periodistas de Barcelona y Madrid, para ejercer algunas de las perversidades que también nos ha descrito Miguel Ángel: «Esto no lo puedo publicar, a ver si lo podéis publicar vosotros. Sabes algo de esto, mira si puedes saber a través de tu corresponsal en Sevilla...». Ahí empezó a haber un poco esa promiscuidad entre periodistas y empezaron los encuentros de periodistas de Barcelona y de Madrid, a veces en Zaragoza también. En Barcelona, la cosa se hacía con mayor vertebración porque aquí existió realmente un grupo que tenía reglamento y todo, aunque la clandestinidad determinó que se perdiera el reglamento del funcionamiento y que solo haya aparecido 20 años después, pero había una cierta colaboración estructurada. En Madrid era una cosa más bien propia de algunos periodistas concretos y había también un grupo de Sevilla,



de Zaragoza, de Bilbao. Gente que prefería perder una exclusiva para difundir la información como fuese.

En esta etapa previa tengo la sensación de que existió un factor muy importante para el periodismo de la fase de la transición: el aprendizaje. Aquí en Barcelona aprendíamos un poco el oficio de la entrelínea, básicamente a partir de experiencias de los compañeros de Madrid. La gente del diario *Madrid* o la gente del diario *Informaciones*. Las maneras de hacer las cosas, las maneras de publicar, las maneras de referenciar a veces en el extranjero la fuente de la información, las maneras de referenciar en el extranjero analogías que permitían explicar las cosas que sucedían aquí. Ya lo hemos contado muchas veces, para hablar del socialismo hablábamos de Mitterrand en Francia. Yo creo que el conjunto de España se benefició mucho de lo que hacían esos dos diarios. Uno acabo dinamitado directamente por la represión y el otro luego acabó dinamitado por uno de los fenómenos de nuestra transición, que fue la pérdida del favor del público, en el momento en que aparecieron medios más explícitos, más claros.

En esta etapa estaban las referencias de *Informaciones* y *Madrid* como fundamentales, estaba la experiencia, que yo creo que ha pesado muchísimo, de *Triunfo*, que había se había transformado desde aquella revista de espectáculos que apreció en los años 40 a una revista de información general. Las técnicas que utilizaban para contar cosas y las experiencias también de los compañeros de *Cuadernos para el Diálogo*, y fue todo eso lo que formó profesionalmente a los periodistas. Y en todos los sentidos, porque con los expedientes sancionadores a *Triunfo*, con las suspensiones temporales a *Triunfo* o *Cuadernos para el Diálogo*, los profesionales jóvenes aprendíamos el ejercicio de los límites, hasta dónde se toleraba o no se toleraba la información, cómo eludir la represión.

En frente estaba, también se comentaba aquí, *El Alcázar*, que ejercía de director espiritual del pensamiento franquista en los medios. Y estaba también *Fuerza Nueva*, que entonces era una revista muy dura, aunque tampoco tenía demasiado prestigio dentro del régimen. La mejor manera de ver cómo respiraba el búnker, y es un acierto lo que habéis planteado aquí, es a partir del conocimiento de *El Alcázar*.

Los periodistas, a los que luego nos tocó ejercer durante la transición, aprendimos de estos medios, pero también aprendimos de todo lo que había pasado en la etapa anterior a 1966, a una etapa que podemos llamar del periodismo de combate franquista. Porque lo que pasó a partir de 1975 fue una reproducción de aquello en otra situación. Hay un cierto paralelo entre los comportamientos periodísticos después de la Guerra, cuando la

mayor parte de los periódicos fueron ocupados por franquistas, que primero coparon los puestos de responsabilidad y después también puestos de base. Aquí en Barcelona, cuando entró Franco, volvió *La Vanguardia* al que podríamos llamar 'el orden'. Se depuró a la gente que había colaborado con la República o que no era franquista y empezó a ejercerse el periodismo de combate. Y esto, en todas las cabeceras. Yo trabajé en el *Diario de Barcelona* y había algunos compañeros que habían sido militares, que habían entrado en el peor momento a ejercer funciones de censura y luego se habían quedado como jefe de Deportes o como encargado de los contenidos de espectáculos. Digo lo de Deportes, porque era la sección a la que acababan decantados los periodistas que no sabían de nada, pero que sabían de fútbol. Entonces eran unas secciones muy desprestigiadas a dónde íbamos los tontos que los demás compañeros no querían que molestasen en los demás asuntos.

En Barcelona, por ejemplo, esa situación provocó algo sociológicamente muy curioso: en las secciones de Deportes estaban los antiguos combatientes franquistas, todos ellos españolistas en el sentido político y deportivo de la palabra, que hacían productos informativos que tenían que ser barcelonistas porque el público lo que pedía era barcelonismo. Después, se debe hablar de la prensa deportiva, porque la transición se produjo una asimilación de las técnicas del periodismo deportivo a la política. ¿Qué pasa con el periodismo deportivo? El periodismo deportivo acepta que es partidista, que tiene derecho a exagerar, que no tiene que ser riguroso. Se hace periodismo de combate. Yo creo que era esta la psicología del periodismo partidista, del periodismo de combate, y que esto era aceptado por el público.

El partidismo, la falta de proximidad entre los periodistas y los protagonistas de la vida política, creo que ha sido un factor completamente determinante. Había dos cosas: parcialidad y proximidad absoluta. Creo que hay una asignatura pendiente aquí en España que es el debate sobre qué es el periodismo, sobre qué es la profesionalidad. Yo intenté hacer ese viaje ya después de 1975, cuando se consiguió que los militares volviesen a los cuarteles, pero también cuando los periodistas no volvieron a las redacciones y se quedaron ejerciendo su deseo de seguir siendo parte del poder, o de seguir manteniendo cortas distancias con el poder, de seguir colaborando con el poder, de seguir siendo cómplices con el poder de la misma manera que lo fue en la etapa franquista. Existía una intoxicación absoluta: los políticos cogían el teléfono y les dictaban a los directores

de los periódicos lo que tenía que salir. Cuando no era el director del periódico quien llamaba al ministro preguntando qué es lo que quería que saliese.

En la transición hubo una especie de gran conspiración desde los periodistas y los políticos progresistas y se hacía un periodismo de combate. Íbamos todos juntos aunque tuviéramos funciones diferentes. Los periodistas trabajábamos no solamente defendiendo el cambio democrático y defendiendo a personas concretas que lo encarnaban, sino incluso reflexionando como si fuéramos sus jefes de prensa, reflexionando sobre qué convenía que saliera a cada momento respecto a determinadas posturas o respecto a determinados asuntos. Esa proximidad excesiva creo que ha sido letal para el periodismo español y creo que ha sido muy superior a lo que pasaba en la prensa internacional. Yo creo que el señor Mitterrand y los periodistas de izquierda tenían un cierto *feeling*, por ejemplo, pero que no hay nada similar a lo que había entre Felipe González y Javier Solana con Juan Luis Cebrián.

Este periodismo de combate constituyó una de las cuestiones clave sobre la reflexión que se da actualmente sobre nuestra profesión: ¿Hasta qué punto el periodismo de combate está justificado o no? Yo siempre he pensado que hacer periodismo de combate en un momento de transición democrática estaba plenamente justificado. Y que era en aquel momento una obligación humana anterior a mi obligación de trabajador de prensa. Sin embargo, puedo entender perfectamente que haya quien piense distinto. En la profesión no hemos acabado nunca de, digamos, digerir bien lo que fue el periodismo de la transición, el periodismo de combate en contra del franquismo o el periodismo de combate de defensa del franquismo.

También quería hacer un recordatorio. La actitud de contestación de la prensa al poder franquista no fue una cosa general, sino más bien una cuestión de algunas cabeceras, algunos profesionales como los que me acompañan aquí en la mesa, y algunos grupos organizados de Barcelona, cuatro o cinco compañeros de Sevilla, diez o doce compañeros de Madrid. Vale la pena decir también que esta era un actitud minoritaria hasta 1975. La actitud de los grandes medios de comunicación, de las grandes cabeceras, del *ABC*, del *Ya* y de *La Vanguardia* era absolutamente colaboracionista.

Luego fueron saliendo un poco como pudieron de sus propios jardines y se ha intentado blanquear mucho esa historia y plantear que la prensa tuvo un gran papel durante la transición. Yo desmitifico el papel de la prensa en la transición, porque creo que la prensa fue importante, pero mucho menos importante que el movimiento sindical, el

movimiento vecinal, la actividad de las organizaciones políticas, clandestina o no. Luego otro factor fundamental del que nunca se habla era el hartazgo de la gente no muy politizada ante un país de bajísimo nivel económico y de bajísima calidad. Vuelvo a citar a Miguel Ángel Aguilar cuando él hablaba del tema del divorcio. Es decir, era bastante incomprensible para muchos ciudadanos que no eran particularmente rojos que no existiera el divorcio, pues si te salía mal el matrimonio tenías que seguir toda la vida con la misma pareja.

También quisiera subrayar que existía una cierta diferencia entre Barcelona y Madrid, porque creo que Barcelona estructuró un poco más, un poco mejor la contestación y Madrid lo hizo un poco más a golpes de imaginación de algunas personas concretas. Aquí, en Barcelona, incluso en diarios que no eran progresistas, había una cierta complicidad entre los directores y los redactores sobre cómo se podía publicar una información delicada. Aunque los directores no fueron enemigos del régimen, se jugó el posibillismo de una manera extraña. En Madrid, fuera esas dos cabeceras, en el *Ya* o en *ABC* y ya ni hablo de *El Alcázar*, no creo que existiera ese tipo de complicidad.

En *Destino* estalló todo en protección de un entonces comunista llamado Francesc de Carreras, que la empresa quería que dejara de escribir, y el director y los redactores tomaron un poco como línea de resistencia, pues el debate era a aceptar o no a los comunistas. También en el *Diario de Barcelona* el tema de los comunistas fue decisivo, porque una noche llegaron con una lista de diez personas que deberían dejar de escribir y la línea de defensa de Tristán de la Rosa en aquel momento fue decir que no sabía si eran o no comunistas porque nunca les había preguntado, pero que de todas formas ningún de ellos hacia editoriales ni escribía sobre económica o política. La gran duda de la transición fue, al final, si se aceptaba a los comunistas o no. En Barcelona, dada la gran influencia que tenía en PSUC, en algunos consejos de redacción había dificultades por lo bien coordinada que estaba la actuación de los amigos de un periodista, que no estando en la redacción, siempre estaba cerca de ella, y que se llamaba Andreu Claret.

A continuación empezó ese fenómeno dramático que fue la mala recompensa a publicaciones que acumulaban sonoros méritos de resistencia, como *Cuadernos para el Diálogo*, que cerró ya en 1976. O el hundimiento por pérdida de favor comercial o pérdida de favor de proyecto de algunos de los diarios un poco más convencionales. Y entonces aparecen los nuevos diarios, *El País*, *Diario 16*, *Avui*, *Deia* y *Egin*.

Me he olvidado de una cuestión también importante, pues mientras funcionó el Tribunal de Orden Público, o mientras estuvo Franco vivo, la represión organizada institucional era bastante suficiente, entre comillas, para contener un poco a los medios, o para castigar, o para tenerlos en línea. A medida que el franquismo se fue desmoronando, ocupó ese papel la actividad de los grupos de la extrema derecha, que estuvieron muy activos y muy amenazantes.

Los directores que tuve en aquel momento recibieron llamadas diciéndoles: «Tu hijo va a tal colegio, ves con cuidado». Por la noche, los que éramos un poco más altos y que podíamos dar la sensación de que podíamos ser escoltas, acompañábamos a Pernau a casa. Los procesamientos y las multas seguían funcionando, pero eso en general ya no intimidaba tanto a la profesión. En cambio las amenazas directas de violencia, sí. Tuvi- mos la bomba en *El Popus*, luego la bomba en *El País*, y hubo otras que no tuvieron efectos mortales pero que resultan indisociables de lo que estaba pasando en la calle. Pasó lo de los abogados de Atocha, existía una actividad violenta de la extrema derecha, que consistía básicamente en intentar salvar por la fuerza lo que se estaba perdiendo en las cortes franquistas.

Todo esto gravitó mucho sobre los profesionales. La aparición de nuevos medios, la continuación de la represión ahora más bien por la vía directa de la violencia, el blan- queo de las trayectorias franquistas, y también el inicio del periodismo con un poco más de medios son algunas de las claves del periodismo del momento.

Después vino la pérdida de las subvenciones públicas y la corrupción de las cabeceras con el dinero gubernamental. Es decir, durante el franquismo había ayudas y el régimen trataba bien a sus diarios, pero nada que ver con lo que vino luego, la publicidad institu- cional. La publicidad se manejaba como una arma. Al Grupo Mundo lo mataron muchas cosas, los productos que hacía no tenían demasiada calidad, pero el primer gran puñeta- zo que recibió fue el boicot publicitario. Es decir, se fue asfixiando a Sebastián Auger y luego, ya sin medios, iba perdiendo los periodistas, se degradaba la calidad de los pro- ductos y la gente dejaba de comprarlos. Se favorecía la muerte natural por vías, sin du- da, artificiales.

El partidismo o la tendenciosidad actual de la prensa española es en buena parte fruto de la transición. Se quedó como un remanente de la profundidad con la que habíamos visto que el periodismo franquista defendía lo suyo y que luego el periodismo democrático intentó imitarle para defender la transición democrática. Muchas gracias.

**Francesc Salgado:** Muchas gracias, Antonio. Pasamos a la tercera de las disertaciones, la de Ramón Pi. Hace unos días, Ramón Pi me confeso que se sentía periodista, que solo era periodista y que siempre había sido periodista. Esto a mí me pareció una definición muy exacta de lo que es un oficio, una profesión cuando caracteriza toda una vida, como es su caso. De su experiencia nos interesa en concreto el momento en que fue corresponsal en Madrid para dos diarios de Barcelona: primero *Tele-Expres* y luego *La Vanguardia*. En Madrid trabajó 16 años creo, desde 1970 hasta 1986, por tanto elaborada información para un público lejano, pero muy implicado entonces. Tan periodista se siente que nos ha traído, como buen cronista, su relato escrito. Muchas gracias.

**Ramón Pi:** Muchas gracias. Me sumo a la gratitud ya expresada por Antonio Franco y por Miguel Ángel Aguilar a los que nos han dado la oportunidad de reflexionar sobre nuestra profesión. He escrito, contra mi costumbre, lo que voy a decirles, no porque tenga dificultades de expresión, no. Tengo tanta facilidad de palabra que si no lo hubiera escrito, hablaría todavía más que ellos dos juntos, de manera que lo he escrito básicamente para contenerme. Un amigo mío, hace unos años, recién acabada la carrera de arquitectura, con los primeros dineritos que vio de un proyecto, compró su primer coche y al cabo de quince días, mientras estábamos tomándonos una cerveza, sorprendió con la siguiente frase memorable: "La gente va menos en autobús". Nos echamos encima de él: "¡Él que va menos en autobús eres tú!" Yo hablaré en general. Les diré que la gente va menos en autobús, cuando en realidad el que va menos en autobús soy yo. Es decir, cuando hable de los periodistas, a lo mejor estoy hablando de mí mismo. Ustedes, sobre todo los destinatarios directos de mi intervención, sabrán deslindar lo que es una impresión mía de lo que es una visión general.

La designación del príncipe Juan Carlos como sucesor del general Franco en 1969, pero sobre todo desde el asesinato del almirante Carrero en 1973 y con mayor intensidad desde el internamiento hospitalario del dictador aquejado de una tromboflebitis en 1974 - lo que decimos ahora en broma: la primera vez que se murió Franco - fue un gran ensayo general incluso de la sucesión, ya que se quedó como jefe del Estado interino el entonces príncipe Juan Carlos. Tanto dentro como fuera de España la sucesión de Franco fue el tema estrella en aquellos momentos. ¿Después de Franco, qué? Las relaciones entre políticos y periodistas cobraron perfiles inéditos, como inédita era la situación desde la Guerra Civil. Como decía Miguel Ángel no había costumbre, estábamos estrenando cosas.

La idea fuerte que facilitó y dio sentido a la transición fue la determinación de que nunca más deberíamos los españoles repetir la terrible experiencia de una guerra civil. Los políticos de todo el espectro ideológico compartieron desde el principio esta idea y los medios la difundieron a una opinión pública muy predispuesta a recibirla favorablemente. La existencia de una clase media bastante sólida fue un factor relevante para que se consolidase la voluntad mayoritaria de pasar a través de una transición pacífica desde una dictadura a una democracia. Por otra parte, el deseo de pasar la página negra de la Guerra Civil y mirar al futuro actuó también como elemento favorecedor de la reconciliación nacional, que por cierto estaba ya de hecho prácticamente consolidada en la vida diaria de nuestra sociedad, o eso creíamos. Desde el principio fue perceptible que los 36 años de franquismo no habían resuelto todos los conflictos que se manifestaron en la Guerra, sino que algunos únicamente habían sido tapados de forma provisional, si es que pueden recibir el calificativo de provisional los 36 años de régimen franquista. La cuestión de la educación, las relaciones del poder civil con la iglesia católica o las tensiones separatistas, por poner tres ejemplos relevantes. Estas tres cuestiones hicieron acto de presencia en el debate público inmediatamente después de la muerte del dictador.

Fue por el artículo de educación que el dirigente socialista Peces Barba abandonó las reuniones de la ponencia constitucional de la que formaba parte. Los esfuerzos del cardenal Tarancón para ofrecer a la clase política —al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios— no apagaron el viejo y significativo prejuicio anticlerical de un sector importante de la izquierda. Los nacionalismos separatistas manifestaron su peor rostro con la actividad terrorista de la ETA entre la muerte de Franco y la dimisión de Suárez, cuando asesinaron, extorsionaron y secuestraron más que en toda su actividad anterior a la muerte de Franco. El nacionalismo catalán, por su parte, logró la benevolencia de los políticos y de los medios en el resto de España. Los nacionalistas catalanes eran vistos con gran simpatía, aunque el entonces ministro del interior, Rodolfo Martín Villa, nos dijo *off the record* a un grupo de cronistas políticos que el terrorismo vasco era la primera pesadilla colectiva porque estaba ensangrentando el país, pero que el nacionalismo políticamente peligroso a medio y largo plazo no era el vasco sino el catalán. Martín Villa había sido gobernador civil de Barcelona, conocía bien a los políticos catalanistas, con los que, por cierto, tenía buena relación personal y nos sorprendió a los periodistas aquel día con esta visión de la jugada que el tiempo ha venido, en buena medida, a co-

rroborar. Los periodistas éramos conscientes de que el fantasma de la guerra podía volver a sobrevolar la vida española, pero tuvimos cierta propensión a minimizar este riesgo. Contagiados por el clima de ilusión colectiva, por un futuro en paz y democracia.

El episodio de la conferencia de Martín Villa me da pie para resumir cuál era la actitud de los periodistas políticos que escribíamos para medios catalanes. Lo ha mencionado Antonio también. Desde los últimos años del franquismo gozábamos de una situación, en cierto modo, privilegiada, porque los residuos autoritarios del régimen creían, como de costumbre, que lo que ocurría en Madrid, ocurría en toda España, y lo que no sucedía en Madrid no existía. Así que los corresponsales políticos de periódicos de Barcelona en Madrid podíamos trabajar con unos márgenes de libertad que nuestros respectivos empresarios respetaban en general. Además había una masa crítica de profesionales del periodismo que no perdía de vista que su trabajo tenía como destinatario al público y no a los empresarios de los medios o a los administradores del poder.

Entonces había periodistas militantes, claro está, pero eran conocidos los que militaban físicamente en partidos políticos. No engañaban a nadie que tuviera alguna información. Una exigua minoría, en los dos extremos del arco ideológico, se comportaba como cualquier cosa menos como periodistas, pero en el conjunto de la profesión no resultaban contaminantes.

El clima de ilusión colectiva que siguió al referéndum de la ley de Reforma Política del diciembre de 1976 influyó en las relaciones personales entre periodistas y políticos. Había una conciencia compartida de estar escribiendo un capítulo importante de nuestra vida colectiva y eso condujo a una suerte de compadreo. Además, al estar la política absolutamente de moda en el país, las publicaciones y muchos periodistas dedicados a lo que está de moda irrumpieron en tropel en el periodismo político. Así que el nivel de competencia profesional, en este sentido, se desplomó bastante en muy poco tiempo. En una democracia sana la relación entre los periodistas y políticos no debía ser el compadreo que estábamos viviendo, sino respeto y cautela recíprocos. Miguel Ángel Aguilar trató de fundar el «Club del Usted», para que los periodistas nos tratáramos de usted con los políticos y viceversa. Era una forma plástica de escenificar, de hacer visible, que no estábamos todos en la misma trinchera, aunque éramos cómplices en la operación de llevar el país hacia adelante sin más derramamiento de sangre. El compadreo de periodistas y políticos dañó el crédito de la profesión y me temo que todavía hoy sufrimos las consecuencias. En nuestra vida pública no es raro que el público reciba de los medios



las versiones que convienen a los intereses de subvencionadores o sus amigos ideológicos.

La llamada Revolución de los Claveles en Portugal, en 1974, fue recibida en España con ilusión y esperanza entre los antifranquistas, y con prevención en los medios afines al régimen de Franco. El rápido protagonismo que adquirió el Partido Comunista Portugués, entonces de orientación muy estalinista, trocó la prevención en alarma —y no solo en España, sino en las altas instancias europeas y americanas— con verdadera influencia internacional. España no debería seguir los pasos de Portugal y efectivamente no los siguió. La Corona fue el motor imprescindible de nuestra transición, de la dictadura a la democracia, diseñada por Torcuato Fernández Miranda. Un proceso muy distinto del portugués. La Corona fue clave en este proceso y los periodistas que cubrieron la información tenían un hilo de contacto privilegiado con el secretario de la casa del rey, Sabino Fernández Campo; Sabino, para los periodistas.

En aquellos tiempos del compadreo, Sabino demostró gran habilidad en sus relaciones con los periodistas. Que yo recuerde, concurren en su trabajo estas virtudes sobresalientes: nunca dijo una cosa por otra, calló cosas, si no podía extenderse en detalles nos rogaba comprensión a sus interlocutores, pero no adoptó represalias contra los que criticaron su discreción. Mantuvo con los columnistas y los cronistas políticos una relación de confianza recíproca que incluía una administración inteligente del *off the record* y de las confidencias para *background*, que solo muy raramente no fueron respetadas. Fernández Campo era muy consciente de que la virtualidad de la Corona tenía que sustentarse en una, lo digo en sus propias palabras, “gran campaña de imagen del Rey y de la institución de la Monarquía”, porque la Constitución les había dejado prácticamente sin otros instrumentos que el de ser simpáticos y afectuosos hacia los ciudadanos y gozar del afecto de la gente. Los medios colaboraron en esta operación y la complicidad de los medios y los periodistas con la Casa Real fue un hecho. Además, nadie tenía especial interés en disimular, pues no estaba impuesta por nadie, ni obedecía a amenazas o a consignas, sino que era muy espontánea.

El estreno de las libertades, especialmente de la de expresión, fue en algunos aspectos una especie de experimento de equilibrios sin red, un estreno sin ensayos previos o un intento de resolver un problema de álgebra solo con opciones elementales de aritmética. Un caso paradigmático de esta adolescencia profesional, en la que aún estamos inmersos para mal de todos, son los gabinetes de prensa o agencia de comunicación, como se

quieran llamar. Los primeros años de la transición íbamos saliendo del paso con el ya mencionado compadreo entre periodistas y políticos, pero a veces eso no funcionaba y entonces oscilaban del amor al odio y pasaban de ser amiguetes a enemigos y viceversa. Los políticos tienen pendiente el aprendizaje de una asignatura básica: que los medios de comunicación no son instrumentos de propaganda, sino los intermediarios profesionales que hacen posible el derecho constitucional de los ciudadanos a recibir información veraz. Pero, a su vez, los periodistas fueron mal educados desde las facultades de periodismo, que les ofrecían trabajar en un gabinete de comunicación o en un medio informativo indistintamente, como se fueron salidas distintas de una misma formación profesional. Y se trata de dos profesiones, no solo distintas, sino incompatibles entre sí. En cuanto a los directores de comunicación, aprovecharon desde muy pronto las facilidades de usar las puertas giratorias para entrar y salir del periodismo al mundo de la imagen y las relaciones públicas y viceversa.

Los legisladores no fueron capaces, y continúan sin serlo, de articular una regulación de los grupos de presión —lo que en el mundo anglosajón se llaman los *lobbies*— que establezca lo que pueden y no pueden hacer, y en qué condiciones de transparencia. Los *lobbies* son inevitables y constitucionales en un régimen de convivencia en libertad. Se hablaba de las presiones de la dictadura sobre los periodistas, pero no había presiones, porque en una dictadura no se tiene que presionar a nadie. Se da una orden y se acabó. Las presiones son consustanciales con las democracias, no con las dictaduras. En una democracia hay presiones y grupos de presión, y el legislador, para que la democracia no sufra, tiene que establecer unas normas claras y que garanticen las condiciones de transparencia en las que se puede ejercer la función social de la presión hacia los políticos, hacia los legisladores, hacia los medios, etc. Esto no lo han hecho los legisladores. En resumen, las relaciones entre políticos y periodistas en los años de transición tuvieron, como todo, luces y sombras. En las primeras hay que mencionar la rapidez con que la profesión hubo de contribuir a la difícil e incierta operación de ir de una dictadura a una democracia, "de la ley a la ley", usando la expresión feliz de Torcuato Fernández de Miranda. A las sombras he dedicado la mayor parte de esta intervención, las principales sombras se produjeron en la relación entre políticos y periodistas, el compadreo, los enfrentamientos por razones ajenas al servicio del público, las puertas giratorias que comunicaron más de lo debido el periodismo con la oficiosidad. Comunicar el periodismo y la oficiosidad es pecaminoso profesionalmente hablando. Lo bueno es que, a

pesar de todo, el saldo de aquellos años fue positivo, atendidas las circunstancias. O malo es que la mayor parte de las sombras, a las que se han añadido otras más, permanecen ahí. Muchas gracias.

**Miguel Ángel Aguilar:** Perdón, brevemente, el asunto del Club del Usted. La recuperación de la distancia gramatical para que se establezca la necesaria distancia crítica entre periodistas y políticos, el Club Blanco White, que ha sido aludido por Ramón Pi, tuvo mucha importancia como estreno de lo que empezó a llamarse *off the record*. La capacidad de unos cuantos periodistas de invitar a almorzar a personalidades claves de la política para que hablaran de otra manera, fue muy relevante.

Otra cuestión importante. ¿Qué fue de la Iglesia de la transición? ¿Qué pasa con la iglesia? Procede con inteligencia a anticipar que el régimen se acaba, presta sus conventos, sus iglesias para que se reúnan los partidos, los sindicatos, lo que sea. Deja o ve con simpatía el compromiso de la gente de base con los derechos humanos y las libertades públicas. Todo eso culmina con la homilía de Tarancón, que es un auténtico discurso de inauguración de reinado, pero luego esto desaparece y llegamos a la negrura infame de ese hombre que acabamos de jubilar en un piso de 400 metros, y me refiero a Rouco Varela.

Otra cosa, cuando el asesinato de aquel capitán de farmacia, Martín Barrio, estaba viendo pasar aquella manifestación impresionante en la plaza Alonso Martínez, y nadie gritaba «ETA asesina», porque todavía no era el momento. Costó mucho ponerle en presente de indicativo esas cosas porque había una especie de gratitud, porque habían volado a Carrero.

Los editoriales conjuntos, un asunto que se me ha olvidado, pero que es muy un importante porque aquí están señalados dos momentos muy graves en el sistema naciente: el secuestro de Oriol y Villaescusa, el copresidente del Estado y el presidente del supremo de justicia militar. Pues esto puso al sistema naciente contra las cuerdas y en ese momento alguien, no quiero ponerle la medalla, convoca a sus colegas directores de los otros periódicos, y firman y publican al día siguiente un editorial "Por la unidad de todos", que fue absolutamente básico para que el régimen naciente recuperara el aliento. Y otro momento gravísimo que fue la legalización del Partido Comunista, que se produce un Sábado Santo rojo, como se llamó, el 9 de abril de 77. La legalización del PC ha producido una repulsa general en todas las unidades del Ejército y deja sin respiración al sistema de nuevo. Entonces se convoca a todo el mundo y el 16 de abril se publica un

editorial conjunto del que ya se desmarca un periódico, que se titula, «No frustrar una esperanza». Estos dos momentos son absolutamente decisivos de esa interacción entre la prensa y la política.

Dos pequeñas cosas más. El asunto ese del jefe de Estado interino. [En 1975] Cuando llega la segunda enfermedad, la segunda muerte de Franco, don Juan Carlos se resiste a aceptar por segunda vez la interinidad de la jefatura de Estado y Laureano López Rodó le explica la necesidad de que acepte y le da toda la clase de razones, pero en la que más insiste es que hay atribuciones de la jefatura del Estado indelegables y pone un ejemplo, los fusilamientos. Para mandar una pena de muerte hace falta darle el 'Enterado' y si eso es un golpe muy duro para una persona en plenitud de salud, estando Franco en esas condiciones le va a ser difícil seguir fusilando. Esto se lo argumentaba filosóficamente nuestro López Rodó, al que nunca agradeceremos lo bastante todos los trabajos que hizo. Y ¿Sabino? Sabino era listísimo, tenía un talento y una capacidad de sintonizar enorme y obtenía silencios contando secretos, pero lo hacía de tal manera que la gente no se sentía traicionada. Bueno... Amigos perdonad.

**Francesc Salgado:** ¿Algún detalle más?

**Ramón Pi:** Nos hemos retrasado mucho.

**Francesc Salgado:** Para eso estamos aquí. No hay ningún problema. Iniciamos la ronda de preguntas. No sé si queréis algún orden establecido. Vas tú Antonio, por ejemplo...

**Antonio Checa:** Hace unos meses, cuando murió Adolfo Suárez, yo creí notar en muchos medios de comunicación mala conciencia, la sensación de que la prensa se había portado mal con Suárez. ¿Compartís la idea de fuimos demasiado duros, de que no comprendimos la figura de Suárez?

**Miguel Ángel Aguilar:** Estoy completamente de acuerdo. Suárez fue masacrado. Yo tengo alguna referencia de eso. A mí me echaron del *Diario 16* el 30 de mayo de 1980 y cuando yo ya estoy fuera del *Diario 16*, un día hablo con Pepe Oneto que seguía dentro, y él me dijo: «Bueno ahora que ya pasado algún tiempo, ya te puedo contar lo que ha pasado. El Grupo ha decidido la operación acoso y derribo de Adolfo Suárez y han pensado que tú no te ibas a prestar con suficiente docilidad para llevar a cabo esa operación, tal como la quieren hacer.» Fue una operación absolutamente brutal, sin ningún límite. Contra Suárez valió todo.

**Antonio Franco:** Yo contribuí todo lo que pude a hundir a Suárez. Yo creo que es verdad que fuimos muy injustos, pero también es verdad que Suárez solamente fue hábil en el momento de hacer la transformación. También es verdad que luego no supo gobernar y que no supo estructurar el centro democrático. Se le fue de las manos lo que podríamos llamar el control de una mayoría política que tenía pero que venía de aluvión de diversas procedencias y él no supo homogenizarla o compactarla. Pero en conjunto fue maltratado injustamente. Aunque hubiera todos estos elementos que acabo de citar, y que son muy claros, creo que después de la transformación del sistema no fue un buen gobernante y posiblemente no supo iniciar una dinámica de normalidad cuando tenía los apoyos para intentarlo. La prensa fue demoledora, creo que espontáneamente. Yo, por ejemplo, no atendía a ninguna consigna, ni siquiera a la consigna que posteriormente algunos han explicado de acosarle y derribarle.

Suárez era un presidente vigilado, su forcejeo con los militares fue terrorífico. Quizá el segundo gran servicio de Suárez después de asumir el poder y rematar el harakiri, fue poner todos los elementos necesarios encima de la mesa para que los militares volvieran a los cuarteles. Esa fue una tarea histórica en España. Hasta ese momento, en la Historia este había sido el factor que más había castigado a los ciudadanos. Pero creo que no fue una conspiración, aunque creo que ha sido justo que posteriormente hayamos reconocido que fue un acoso excesivo. En realidad, para Suárez la palabra transcendental se queda muy corta. Suárez fue fundamental en el desbloqueo de la situación predemocrática.

**Ramón Pi:** Yo creo que es todo compatible. Es verdad que hubo gente que se propuso organizar las cosas para hundir a Suárez, no siempre por las mismas razones, pero convergían todos en que había que hundir a Suárez. Hubo gente que hizo lo posible sin participar de ninguna conspiración, sino espontáneamente. Pero hubo otro elemento que contribuyo al hundimiento de Suárez: el hundimiento de la UCD. La certidumbre que Adolfo Suárez tenía de que no iba a contar con un partido unido si tenía que enfrentarse algún día con algunos sectores militares levantiscos; la certidumbre de que ya no contaba con un partido, porque el partido no existía, fue lo que le determinó a dimitir y solo así se puede entender que de 269 diputados pasaran a 12. Esto es una anomalía a todas luces.

**Antonio Laguna:** Quería agradecerlos la cantidad de posibles preguntas que esta intervención viene sugiriendo, pero hago la pregunta final. ¿En qué momento empiezan a

darse las condiciones para que surjan esos periodistas que van a ser luego convertidos en los representantes de eso que se ha venido llamando «el Parlamento de Papel»?

**Miguel Ángel Aguilar:** Te diría que me cuesta reconocerlo, pero esto viene del contubernio, un poquito, y de la ley Fraga. Yo abomino de Fraga, pero esa ley comparada con la ley del año 1938... es que era una ley de guerra. Con la nueva se instaló un clima de «vamos a ver qué se puede hacer con esta ley». Después empieza a correr una historia que atraviesa todos los conciliábulos, las tertulias y los sótanos de Madrid, Franco ha estado en una cacería, Franco ha tenido una lipotimia, Franco ha tenido un accidente. Empezó a comprenderse un silogismo: todo hombre es mortal, Franco es hombre... Se marea, tiene lipotimias, sufre enfermedades, luego Franco es mortal. Entonces vino eso de: «¿Después de Franco, qué?» Para el cual tenía respuestas este famoso que se ponía tan colorado, Jesús Fueyo —«Después de Franco, las instituciones.». Después Franco dijo aquello de que todo quedara atado y bien atado con la guarda fiel de nuestro Ejército.

Entonces es cuando empieza a cundir que esto no es eterno, que está ya malito, que está torpe, que le han visto en la audiencia que se le olvida de cosas, que tiene Parkinson, etc., entonces la gente piensa: «Hay vida después de Franco y hay que empezar...». Y eso se contagia por osmosis. Llega a mucha gente y hay mucha gente que está en pasto al aire libre.

**Antonio Franco:** Coincido contigo, Miguel Ángel. La ley de Prensa es fundamental y creo que se tiene que señalar que la cronología de la transición empezó ahí. Yo creo que la ley de Prensa, siendo muy represiva, dejó mal equipado al aparato represor para el momento de la disrupción, de la pérdida de vigor, de la pérdida de energía del sistema franquista. En definitiva, hasta ese momento lo que había eran prohibiciones puras y duras. Y a partir de ese momento empezaron a contarse cosas. El movimiento sindical empezó a aparecer de una manera esporádica e irregular en los medios de comunicación al no existir una prohibición frontal. Recuerdo un incidente en una manifestación en Sevilla de gente que pedía agua y la versión de la agencia EFE o Cifra era «Manifestación trabajadores y amas de casa pidiendo agua. La policía los tuvo que disolver haciendo unos tiros al aire. Tres muertos.»

**Miguel Ángel Aguilar:** Siempre que la policía disparaba al aire caían muertos. El obrero volador. Disparaban al aire y caían muertos.

**Antonio Franco:** Yo creo que antes de la ley Fraga no se hubiera sabido esto, ni siquiera la versión de Cifra o de EFE. Creo que empezaron a publicarse cosas mutiladas, manipuladas, con mucho cuidado.

**Miguel Ángel Aguilar:** Eran los bancos de prueba de la política: el mundo sindical, la protesta obrera y la protesta universitaria.

**Antonio Franco:** En Barcelona hubo un momento durante la transición que en los periódicos era muy importante el tema de las manifestaciones de los vecinos pidiendo un semáforo al lado de la escuela de barrio. La prensa empezó a comunicar asuntos no frontalmente contrarios al régimen pero que tenían un tono crítico, y esa ley estaba mal diseñada para contrarrestar esto y además hubo también realmente el proceso este de «Franco es mortal». Y todo el aparato franquista cambió, empezaron a verse actitudes un poco más matizadas por parte de muchos servidores del régimen que comprendían que habría un mañana. Esa decadencia, ese agotamiento del régimen fue abriendo un poco las puertas a la posibilidad de que la gente se fuera encontrando. Si salían, ni que fuera dos líneas sobre una manifestación del movimiento sindical, había más posibilidades de hacer otra que si no se publicaba ninguna línea. Y como además fue perceptible de que había disidencia, a partir de ese momento ya todo fue bastante más incontenible. Comento esto porque hay además cosas concretas que reflejan hasta qué punto, también entonces, los movimientos ciudadanos antifranquistas eran conscientes de lo importante que era aparecer en los periódicos, ni que fueran dos líneas y página abajo. Por ejemplo, yo viví algo curioso cuando hubo unas manifestaciones de campesinos en Marinaleda. El enviado especial de mi diario llegó tarde y se perdió la manifestación, pero como había la sensación de que lo importante no era hacer una manifestación, sino que saliera en los medios, los manifestantes repitieron la manifestación para que el fotógrafo del diario pudiera hacer las fotos y que fueran reales. Esto ayudó mucho a los medios progresistas, a los periodistas haciendo periodismo de combate. Y fue creando un poco la masa crítica de contestación, aunque fuera un proceso muy lento.

**Ramón Pi:** Discrepo levemente de esta interpretación, porque cuando se aprueba la ley Fraga, en 1966, se llevaban años preparando lo que iba a ser la Ley, ya que Fraga anunció una ley de prensa y una supresión de la censura cuando Franco lo hizo ministro, en el 1963. Muy pronto, Fraga hizo unas declaraciones diciendo que se proponía normalizar la situación de la prensa, que el decreto ley de 1938 era de guerra y por eso había que actualizarlo. Estamos hablando de los primeros años de desarrollismo, estamos

hablando de cuando los planes de desarrollo ponían de los nervios a todos los falangistas y todos los estatistas, porque aquello era el principio de la disolución del régimen. No estaban tan equivocados ya que se abría una rendija a la libertad de decisión en cosas importantes.

Por mi experiencia personal —que termine periodismo en el año 1962— cuando salimos de la recién constituida Universidad de Navarra que se llamaba todavía Estudio General de Navarra, un grupo de unos 23 o 24 de mi promoción —estaban Pedro Oriol Costa, Juan Pablo de Villanueva (recientemente fallecido), un corresponsal eterno en Bruselas de *La Vanguardia* que le llamaban Andrea Garriga y un viejo redactor jefe de *La Vanguardia*, Paco Garrigó— con el propósito explícito de trabajar para lo que llamábamos "dignificar la profesión", yo tenía 20 y era un bebé. No estaba para pensar en grandes construcciones del Estado ni en el futuro de la nación, pero me disponía a trabajar y me enseñaron, ya a principios de los años 60, que eso del periodismo era una cosa que tenía que ser independiente del poder. Y eso del aprendizaje del periodismo era algo que dependía del Ministerio de Información y Turismo, del Gobierno y había que evitarlo. De hecho, los de mi promoción no nos fuimos a examinar. O sea, nos examinamos de ingreso, en 1959, pero después ya nunca más fui a examinarme a la Escuela Oficial de Periodismo, porque ahí ya teníamos la conciencia de que había que dignificar la profesión. Esto podía ser la prehistoria de lo que luego eclosionó en el 1966, porque en el mismo momento en el que se abre la primera rendija legal, salen Ignacio Agustí y Carlos Sentís poniendo en marcha *Tele-Expres*.

Entonces yo pensé que cada día era más urgente dignificar la profesión. De hecho, el Club Blanco White fue el primer grupo de periodistas que en lugar de dejarse invitar por los políticos, invitaba a comer a los políticos. Ellos no pagaban, pagábamos los periodistas y esto entonces era revolucionario.

**Antonio Franco:** Yo, de todas maneras, entiendo que la ley Fraga tuvo ese efecto, pero es verdad que la descomprensión había empezado antes y una prueba de ello fue lo que yo personalmente viví cuando me formé en la Escuela de Periodismo de la Iglesia en Barcelona. Porque esta escuela nació aquí en Barcelona nítidamente como una conspiración. Los que estábamos allá sabíamos que se había abierto esta filial de Madrid en Barcelona por impulso local, con el objetivo exclusivo de formar periodistas para cuando acabase el franquismo.



Esto respondía un poco a la preocupación de descubrir a gente preparada para el momento de cambio por parte de algunos sectores católicos progresistas, de algunos periodistas que eran los profesores, etc. Estoy hablando de la generación de Santiago Nadal, de la generación del propio Pernau, de Ibáñez Escofet, que eran los profes de aquella escuela. Formábamos una buena escuela. Al curso que yo fui creo que éramos unos 18 o 20 alumnos. Y allá, en el primer curso, me pilló la ley Fraga. Viví un poco lo que significaba para aquellos periodistas un poco posibilistas que eran objetivamente demócratas y que estaban en el armario. Hasta cierto punto se estaba cocinando la sensación de que Franco era mortal.

Pero yo vuelvo a insistir en que doy mucha importancia a la ley Fraga, aunque luego la ley Fraga fue la que acabó dinamitando el diario *Madrid*, pero también fue realmente lo que permitió que el diario *Madrid* hiciera lo que hizo. Me refiero a informar de una manera distinta y a que los colegas de *Informaciones* hicieran lo mismo. Ayudó mucho a la prensa satírica que empezaba y que constituyó, también, una de las estrategias en aquel momento: burlarse de las contradicciones del régimen, aflorarlas, de una forma u otra más o menos matizada, y luego, en la medida del posible, reírse de ellas.

**Ricardo Zugasti:** En primer lugar, muchas gracias por sus testimonios. La verdad es que es un placer poder escucharles. Al hilo de la anterior pregunta sobre la ley Fraga, se me suscitaba también una pregunta acerca del siguiente paso legal que no vino a sustituir, sino a modificar la ley Fraga, que es el decreto-ley de Libertad de Expresión que se aprueba en abril de 1977, justo antes de las elecciones.

Este decreto viene a decir que derogaba el artículo segundo de la ley de prensa — todavía no hay un reconocimiento constitucional de la libertad de expresión hasta 1978—, pero derogar este artículo segundo establece de manera explícita la posibilidad de actuación gubernamental en tres ámbitos, o por decirlo de otra forma, marca tres líneas rojas: la Corona, la Monarquía; el Ejército, las Fuerzas Armadas y la unidad de España. Mi pregunta es sobre este periodo que va desde abril de 1977 al reconocimiento final de la Constitución...

**Ramón Pi:** Tuvo tan poca incidencia y tan poca aplicación, que yo ni me acordaba. Nunca nadie evocó esta norma para tomar una decisión política, que yo sepa, y seguramente lo habría sabido y lo recordaría. Esto probablemente se hizo porque no había más remedio que derogar el artículo dos y para tranquilizar a los militares, que estaban in-

quietos, añadir esas matizaciones. Es exactamente igual que escribir en el agua, este decreto-ley.

**Miguel Ángel Aguilar:** Llegamos a la Constitución y luego se incorpora la cláusula de conciencia y el derecho al secreto profesional, pero creo que solo se ha invocado una sola vez desde que se estableció, lo cual es algo que llevaría a una meditación y a una reflexión. ¿Es que no se han dado los casos para que pudiera evocarse la cláusula de conciencia? ¿Nunca ninguna publicación ha cambiado su línea editorial de manera que los redactores que están ahí pudieron evocarla? Y hay que reconocer que ha habido propuestas muy audaces, como la propuesta formulada por escrito en un librito sobre la libertad de prensa de Pedro J. Ramírez, que propone la instauración simétrica de lo que llama el "la libertad de la cláusula de conciencia empresarial". Dice él, que ya que existe la cláusula de conciencia para los profesionales, de manera que si la empresa cambia sus principios tengan derecho a exigir que se les pague como un despido procedente, ¿no debería existir una si pasara al revés? Si la empresa se mantuviera fiel a los principios y fuera el periodista quien cambiara de convicciones. Entonces la empresa podría despedirle sin infracción ninguna. O sea, en el momento en que un redactor haya cambiado sus convicciones, a la puñetera calle sin cobrar un euro. Porque aquí viniste con el escapulario puesto y hacías los primeros viernes del mes ¿y ahora qué? Y además estás separado de tu mujer. ¿Me vas a decir a mí que piensas igual? No criatura, a la calle. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no se evoca? ¿Qué hay bajo la cláusula de conciencia? Y luego volver sobre el asunto del secreto profesional, sobre si es un derecho o si es más bien un deber del periodista con la fuente.

**Javier Muñoz Soro:** Quisiera agradecerlos también por mí parte vuestra intervención. A mí se me han ocurrido muchas preguntas, pero no va a haber tiempo, con lo cual voy a retomar las últimas dos cuestiones que han salido en una doble pregunta: el tema de la ley de Libertad de Expresión —el decreto de Libertad de Expresión del 1 de abril de 1977— que citaba ahora Ricardo Zugasti, para preguntaros algo sobre este rumor casi convertido en un mito sobre las reuniones de periodistas con ministros. Hay un caso que creo que cita Ricardo, o Elisa Chuliá en su libro, del ministro Reguera Guajardo, en 1976, con los directores de periódicos para dejar fuera la Monarquía o grandes secretos. Estoy pensando en el escándalo que se montó cuando *Cuadernos para el Diálogo* publicó el borrador de la Constitución, provocando la dimisión de Peces Barba del Consejo, etc.

¿Hay reuniones claramente más allá de las directrices internas de los periódicos que engloben a varios periódicos y con algo parecido a las consignas del franquismo, o bien esto es siempre un mito que mantenemos los historiadores y que se utiliza ahora mismo en esta revisión de la transición?

Además me parecieron muy interesantes los comentarios sobre la formación de los periodistas. Me extraña la escasa movilización asociativa de los periodistas como gremio profesional cuando está movilizada toda la gente: no solo los obreros y los estudiantes, están movilizados hasta los curas, los abogados, etc. Creo que en Barcelona hay una asociación importante de periodistas demócratas y que en Madrid no tanto, un extremo muy interesante. Los periodistas venían de unas fronteras muy difusas entre periodismo y política durante el franquismo, y en este momento los periodistas ocupaban cargos o los políticos de la oposición estaban en revistas como *Cuadernos*, etc., y no se sabía si eran muy periodistas o muy políticos. La profesionalización tendría que haber favorecido la autonomía de los periodistas dentro de los periódicos y dando mayor pluralismo a lo que citaban de la cláusula de conciencia, pero sin embargo desconozco, y me gustaría que me dijereis algo sobre eso, si realmente hubo movimientos democráticos, asociativos y, posteriormente, sindicales de los periodistas.

**Ramón Pi:** Telegráficamente, sobre lo de la reunión de Andrés Reguera con directores de medios, a lo mejor ocurrió, pero yo no lo sé porque no era director de medios, luego no puedo contestar a eso. Sé que escribí de estas tres cosas y nadie me dio instrucciones al respecto. Puede ser porque espontáneamente no ofrecía problemas lo que yo escribía y que nadie sintiera la necesidad de hacerlo.

Una vez recibí instrucciones del director de *La Vanguardia*. Fue en 1986 y me las dio respecto al referéndum de la OTAN. Creo que fue la única vez que un director de un periódico me dijo algo parecido.

Sobre la capacidad asociativa de los periodistas, viejo asunto que puede dar para una biblioteca ilimitada, no tiene solución. Por lo tanto se puede seguir escribiendo indefinidamente siglos y siglos, porque una asociación de periodistas o es un comité que faculte el ejercicio de la profesión, como es el Colegio de Arquitectos, lo que es una cosa impensable, o es un gabinete de dar sabios consejos y piadosas recomendaciones morales o es un sindicato de asalariados, punto. No puede ser otra cosa. Puede ser una cosa de periodistas socialistas, de periodistas demócratas, de periodistas sordos, de periodistas

sin vivienda, muchas cosas. ¿Por qué tiene tantos asociados la Asociación de la Prensa de Madrid? Porque tienen un excelente servicio médico.

**Miguel Ángel Aguilar:** Yo he sido director del marzo de 1977 al mayo de 1980 y no he visto a Guajardo en mi vida. Pero a lo mejor ha sido por lo mismo, a mí eso no me lo había que decir, porque ya lo tenía asimilado.

Sobre las asociaciones de prensa y hablando de unos momentos anteriores, después del asesinato de Ruano, en 1969, se produce el estado de excepción, lo que quiere decir que se recupera la censura previa. Se reúne la asamblea de la prensa de Madrid bajo la presidencia de aquel ludópata que arruinó la Asociación y se produce una propuesta que es la adhesión a Franco. Siempre que había una situación de estas, inmediatamente se desencadenaban las adhesiones a Franco de alcaldes, presidentes de diputación, presidentes de colegios de no sé qué, sindicatos,... todos se adherían a Franco. Yo me levanté, está en el acta, y dije: «Hombre, a mí me parece que para adherirse nos sobran motivos, pero justo hoy que se acaba de restaurar la censura, me parece... dejemos pasar unas semanas, llegará enseguida la fiesta, la exaltación de Franco, la exaltación de la jefatura del Estado. Busquemos otra fecha y colguemos ahí la adhesión, pero el día en que se vuelve a la censura previa no me parece muy coherente que una asociación de prensa justo en ese momento se adhiera». Pero se aprobó. Esto de las asociaciones de la prensa, es lo que básicamente ha dicho Ramón Pi, es una asociación de médicos y farmacias que funciona bien. Su implicación en la defensa de las libertades, en la denuncia de los abusos, por ejemplo que se hagan ruedas de prensa sin preguntas, requeriría una toma de posición radical. Pues no se hace. ¿Por qué? Por no disgustar.

Además, antes, un periodista con un papelito, con una cuartilla tomaba sus notas y mientras las tomaba era capaz de hacer una pregunta a partir de la respuesta que estaba recibiendo su colega anterior. Pero ahora no. Todos traen la pregunta preparada y casi que le han dicho en la redacción como tienen que hacer y como él está con el ordenador o con la tableta y está metiendo en el sistema y lanzando el twitter y no sé qué más, pues no se entera de nada. Es un puro receptor mecánico, no sintetiza, no hace la función clorofílica, no hace la fotosíntesis, no se entera ni permite que nos enteremos los demás. Otra modernización adicional que redundará en deterioro de la profesión periodística y de la calidad del periodismo, los periodistas, me dicen, van a llevar todos una cámara en la cabeza, como la luz de los mineros. Es decir no se van a enterar de nada, absolutamente de nada. Esto no tiene nada que ver.

**Antonio Franco:** Quería decir que tengo un poco la impresión de que Cataluña es distinta del resto de España en muchas cosas, pero también en esto. La evolución que tuvimos aquí en la Asociación de la Prensa fue tremenda. En el franquismo fue parecida a lo que teníais vosotros, básicamente un repartidor de jamones para Navidad que nos pagaba los médicos, etc. Históricamente los periodistas éramos dueños como en cooperativa de la *Hoja del Lunes*, y con el dinero que teníamos de allá, pagábamos médicos, pagábamos tribunales y sobraba dinero, así que al final de año había una cesta de Navidad con un jamón, lo que era el gran emblema en aquellos tiempos de penuria.

Lo que pasa es que en Barcelona el Colegio adquirió la costumbre de repensarse y desembocamos en un colegio, a pesar de que sabíamos que la palabra colegio no es idónea, que ha ido albergando con una cierta regularidad cierto debate profesional. Del Colegio ha emanado un código deontológico bastante potable y otras muchas cosas. No es algo portentoso, pero se promueve un debate profesional serio. El Colegio sirve para cosas así, lo que tiene aspectos muy positivos.

Hay una cuestión de fondo que es la profesión misma. Cuesta mucho que las asociaciones de periodistas acaben siendo importantes porque es una profesión demasiado heterogénea. Están los que salen por televisión y luego su sagrado deber como periodistas es explicarme los adulterios de la mujer de no sé quién, o sea que la intoxicación del concepto de periodista por la vía de la manipulación de esa identidad hace que sea muy difícil el trabajo de la Asociación...

**Miguel Ángel Aguilar:** Antonio, el prestigio de los periodistas tiene que estar basado, como tantos prestigios, sobre la escasez. O sea, la Asociación de la Prensa de Madrid ha estado exhibiendo como un gran éxito el hecho de tener muchos asociados. Pero debería ser al revés, la asociación tendrá prestigio cuando cada vez sean menos los asociados: «Ya hemos echado de la Asociación a los tipos que cobran de las redacciones y de la publicidad». Cuando se eche toda esta gente, se podrá hacer periodismo. Lo otro es llenarse el bolsillo.

**Antonio Franco:** Es muy difícil establecer las diferencias entre los periodistas que trabajamos en los medios y los periodistas que están en la relaciones públicas, cuando la misma universidad crea el caos. Porque aquí, a la vez de enseñar a la gente, a los periodistas que van a ejercer de periodistas en los medios, como defenderse de los ataques y de las presiones...

**Miguel Ángel Aguilar:** Les enseñan docilidad. Pero mira una cosa...

**Antonio Franco:** Es que a partir de esta confusión es muy complicado.

**Miguel Ángel Aguilar:** Las facultades no deben dar el título de periodista a nadie, deberían dar el título de licenciado en Ciencias de la Información, porque periodista es el que está en el tajo...

**Antonio Franco:** Muchas personas a las que estáis formando, van a tener como trabajo fundamental...

**Miguel Ángel Aguilar:** Intoxicar.

**Antonio Franco:** ...intentar que no aparezca en *El Periódico* o en *La Vanguardia* determinada noticia de su compañía que se llama Endesa, cuando ese licenciado sea el jefe de comunicación de Endesa. A partir de ese tipo de contradicciones es muy complicado crear una asociación donde internamente haya un debate profesional.

**Miguel Ángel Aguilar:** No se les acepta. ¡Fuera!

**Antonio Franco:** Yo no soy partidario del restablecimiento de la pena de muerte, pero sí que creo que hay que ser muy tajante en estas cosas. Por ejemplo, uno de los enunciados fundamentales, y yo siempre he creído en él, es la incompatibilidad con hacer publicidad.

**Miguel Ángel Aguilar:** Será un tipo de mucho éxito, que gana mucho dinero, pero que tiene un pequeño inconveniente: que no puede ser de la Asociación de la Prensa.

**Antonio Franco:** Yo estoy a favor, no de la pena de muerte, pero sí de todo lo demás. Estoy contigo, el problema es la heterogeneidad de esta profesión. No sé si en la Asociación de la Prensa hemos debatido sobre la publicidad porque sería considerado como una agresión por una parte de los asociados.

Con respecto al otro tema que planteabas, en su momento sí que hubo bastante movilización, había una cierta movilización. Pero también tengo que reconocer que tenía unos límites muy claros, que eran los límites comerciales. También la frontera entre lo que podíamos llamar la cuestión profesional y al cuestión sindical era determinante. Recuerdo, por ejemplo, una manifestación hace muchísimos años que estábamos todos los periodistas de Barcelona en huelga menos *La Vanguardia* y aporreando la persiana de *La Vanguardia* para que se sumasen, porque era una manifestación en la que se pedían mejores condiciones de trabajo económicas y profesionales.

**Miguel Ángel Aguilar:** Ya que has defendido que aquí la cosa va muy bien

**Antonio Franco:** No, no, no.

**Miguel Ángel Aguilar:** Bueno, que va mejor que en el otro lado.

**Antonio Franco:** No, no.

**Miguel Ángel Aguilar:** Bueno, que van de manera diferente. Yo pregunto, no lo sé, me llega el rumor de que ha habido aquí en los últimos dos años abusos de las autoridades en el manejo de los medios de comunicación. Si ha habido, que es lo que me llega, no he visto ninguna respuesta del Colegio de Abogados.

**Antonio Franco:** Yo quería plantear el problema del poder político democrático sometido al poder económico, que es un problema general o universal de la cultura occidental en estos momentos, y hemos de vivir con eso, pero hemos de combatirlo, por decir de alguna manera, como ciudadanos. Por eso yo sigo pensando que es legítimo un cierto mantenimiento de la cultura del periodismo de combate en cuestiones elementales como esta. Creo que si hiciéramos un debate profesional sobre cómo hemos de resolver algunos de los problemas que tenemos, en función de la financiación de los medios, muy posiblemente llegaríamos a la conclusión de que los medios han perdido buena parte de su independencia por razones económicas, por dejarse seducir por los grupos multimedia. Es decir, yo creo que había diarios como *El Periódico de Catalunya* o *El País* que eran perfectamente viables como diarios y que generaban medios económicos que serían para ir mejorando su red de corresponsales, para ir pagando bien su personal, para ir siguiendo estando al día de las transformaciones tecnológicas, etc. Pero en cuanto ese negocio de diarios empezó a verse compatible con otras cosas, creo que se han subvertido las cosas, porque se ha abierto la puerta al hundimiento de la prensa independiente en el sentido que creo que podía todavía ser.

No es que crea que la propiedad de los periódicos privados tiene que ser incompatible con nada pero, por ejemplo, cuando el conde de Godó era dueño de *Tele/eXpres* hizo más o menos un pacto con la embajada americana que en *La Vanguardia* se hablaría un poco de la guerra de Vietnam, pero que en *Tele/eXpres* no se hablaría de la guerra de Vietnam. Para salvaguardar los negocios del esparto y del yute del conde de Godó. Si su propietario no hubiera tenido el negocio del yute, *La Vanguardia* no hubiera sido tan vulnerable. El intento de muchos grupos multimedia por salir en la Bolsa y la pretensión de que era posible compatibilizar este negocio con otros, nos ha fastidiado a todos y es

parte del debate profesional y del debate empresarial necesarios en este país, y diría en Occidente. Debería entrar en cuestiones como estas de la compatibilidad de la propiedad de los medios, porque no es que yo sea un defensor de que la única manera de que un medio sea independiente, o que tenga alguna posibilidad de ser independiente es que sea una cooperativa de sus periodistas. Creo que hay muchas formas, pero lo veo muy complicado con el juego de las competencias comerciales de muchas cosas. Vuelvo al ejemplo del diario *El País*, y vuelvo a *El País* porque es diario amigo, he trabajado en *El País* muchos años. Voy a decir aquí en voz alta que siempre he pensado que no era demasiado compatible si tienes un suplemento donde recomiendas libros, si tienes una editorial o si tienes un negocio de cine, que en esas páginas de tu misma empresa recomiendes o condenes películas. Sería mejor que la propiedad de *El Periódico* o de *El País* no tuviera un editorial de libros a la que intentas defender.

**Miguel Ángel Aguilar:** Las sinergias, como se llaman, son muy buenas para el grupo y pésimas para los lectores porque se pierde la independencia crítica para reseñar los libros, para hacer crítica de cine, y esto se hace en merma de los deberes que se tienen con los lectores...

**Antonio Franco:** Lo digo para centrar un poco en la inquietud que usted suscita, pero ese debate es en realidad el de la propiedad de los medios de comunicación. Las relaciones de los medios con la publicidad es un debate que es crucial, pero que tengo la impresión que no vamos a poder abordar nunca con propiedad, porque el sistema no funciona de forma para que esto sea debatido.

**Miguel Ángel Aguilar:** Que no salga nada de aquí, porque Antonio es amigo de *El País*, y yo colaboro en el diario. Y no me quiero verme mañana tirado de las orejas o expulsado al frío del invierno.